

que llamamos posmoderno) y en respuesta a ello *El cuarto secreto*, está sostenido sobre rasgos que le son característicos: la alusión a la música –la música *rock* como corresponde a los posmodernos– y las referencias a textos y autores en términos del reconocimiento de afinidades. Relaciones, en el caso del *rock*, a Pink Floyd –para dar apenas un ejemplo– cuyas letras dicen también el mundo de la manera en que la autora que nos ocupa lo hace:

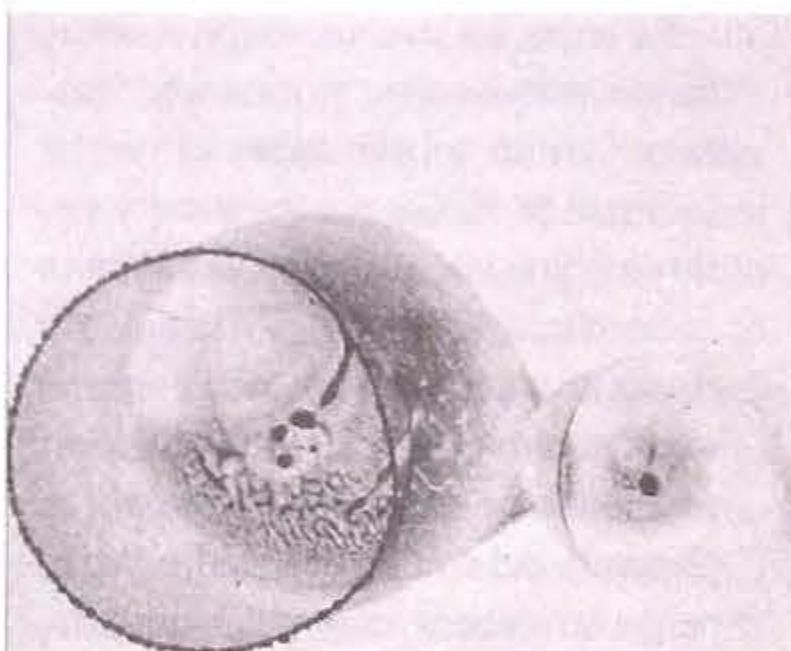
Recuerda cuando eras joven,
tú brillaste como el sol,
brillo en tu diamante loco...
Ahora hay una mirada en tus ojos
como agujeros negros en el cielo
brillo en tu diamante loco.
...un soplo en la brisa de acero...
Tú lloraste por la luna...

Y, en el caso de la literatura, a escritores de la talla del poeta Malcolm Lowry, y su novela *Bajo el volcán*:

El bosque estará empapado. Y a veces se desplomará con estrépito algún árbol. Y de cuando en cuando se levantará la niebla y esa niebla se congelará. Luego todo tu bosque se convertirá en un bosque de cristal. En las ramas crecerán como hojas los cristales de hielo. Y luego, en breve, verás al quitameriendas y entonces habrá llegado la primavera.

El cuarto secreto es también un diario íntimo, aún más íntimo si consideramos que constituyen las reflexiones emotivas de una mujer sola, cuyo entorno de hijas, madre, abuela, tía, no alcanzan a suplir las necesidades femeninas enlazadas en forma natural, por vía del amor, por la atracción de un amante. Así, esta novela lleva también a cuestras, como Atlas al mundo, la difícil tarea de mantener una familia, ante todo si ésta, aún en medio de los afectos filiales y del amor, no tiene tiempo sino para mantener el equilibrio y esquivar la caída, que es la más tajante expresión de la soledad. Si bien el tema pareciera estar anclado en la fijación de una casa deseada, imaginada, o tal vez simplemente hipotética, el corazón de la historia solo cuenta la dificultad de vivir en armonía, lo duro que resulta satisfacer las necesidades, o la indefensión cuando nos enfrentamos a los deseos,

que pese a nuestro esfuerzo, permanecen como deseos.



Hay en esta novela, que recibiera en el 2007 la Beca de Creación Literaria Ciudad de Medellín, la develación de una sarta de hechos de insensatez machista, cuestionados con agudeza crítica y voluptuosidad expresiva, sin llegar a configurar una pieza de quejas feministas, pero sí enalteciendo el jardín oculto que cada mujer cultiva y cuida para llegar a él como quien llega a una casa en el bosque escondido y descubre que desde la soledad puede sobrellevarse la vida sin olvidar que ella está hecha también con la piel de los otros:

Hay un lugar, todavía inexplorado, ombligo del bosque, ¿selva?, a donde nadie ha podido entrar pues los caminos se enredan se tuercen y sacan a los caminantes de la ruta; así, y solo así puede proteger sus más preciados secretos. Dicen que muchos se perdieron en el intento, que no regresaron y que los dan por muertos. Ninguna de las fuerzas oscuras que asedian la ciudad, ninguna, ha podido ingresar. A esos apestados el bosque los lanza fuera de sus lindes. No los tolera, no los recibe, no los perdona. –¡Aquí no!–, gritan las aves desde sus escondites, y le ciegan la mirada.

No obstante, el lector es un invitado excepcional y puede, como tal, entrar a este cuarto secreto y encontrar en él la paz que persigue, la diva cotidiana de esta historia, que particularmente festejo.

Guillermo Linero Montes

Lo bueno, si breve...

El inquilino

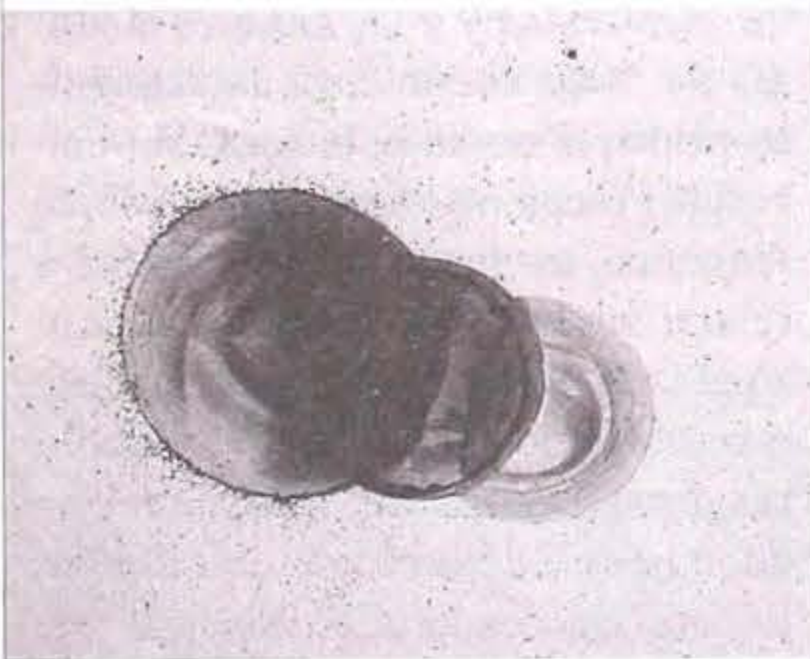
GUIDO TAMAYO

Random House-Mondadori, Universidad Javeriana, Bogotá, 2011, 110 págs.

DE GUIDO Tamayo hemos sabido desde hace años, sobre todo por su vinculación como animador y director cultural de la Feria Internacional del Libro de Bogotá. También supimos del Premio Nacional de Libro de Cuentos Ciudad de Bogotá convocado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo que ganó en 1991 con *El retablo del reposo y otros cuentos*. Quienes lo conocemos y hemos sido sus amigos a lo largo de los años, sabemos de su pasión lectora, pero –seguramente sin justicia pues cada quien tiene su ritmo– siempre le habíamos reprochado el hecho de que escribiera tan poco, o al menos que mostrara tan poco de su producción literaria. Ahora, veinte años después de la publicación de ese primer volumen de cuentos, se nos deja venir con *El inquilino*, un libro breve, brevísimo, de 110 páginas, con el que ganó en 2010 el concurso de novela corta convocado por la Universidad Javeriana y la Editorial Random House-Mondadori.

La historia –que no por acomodarse en unas pocas páginas deja de ser compleja– nos cuenta el languidecer de un escritor colombiano en una Barcelona que va y viene en el tiempo, desde los años ochenta, la década de los noventa, hasta el final –que es siempre presente– en los comienzos de este siglo. El protagonista, Manuel de Narváez, es el prototipo del escritor latinoamericano que ha viajado a España atraído como tantos en esas épocas por los destellos de los escritores del *boom* que hicieron de esa ciudad su lugar de vivienda. Allí lleva una vida bastante disipada, aunque colmada de lecturas, conversaciones, historias y escritura febril. Escritura en la que al parecer no tiene la suerte que su pasión supondría, pues el talento no lo visita como sería de esperarse porque, lo sabemos, los destinos del arte no son siempre justos. En esa zozobra de ir de bar en bar, de encontrarse con Encarna, una muchacha prostituta de provincia

adicta a la heroína, pero sin duda su más probable afecto, nuestro protagonista muere continuamente en el pasillo que va hacia la cocina de su pequeño y desastrado apartamento de la calle Cottoners. Luego parece que resucitara para ir de nuevo a las cantinas más sórdidas, mientras espera y habla —una forma más de su delirio— de una jugosa herencia que por supuesto nunca recibe y nunca llega. Una madre fantasmal lo protege y lo vigila tocada de una aureola de locura que parecería ser el anticipo de su propia catástrofe, de su propia indefensión en un ir y venir con una enfermedad a cuestas. Más que escribir una obra, Manuel de Narváez hace de su vida, de su derrota como escritor y como hombre, un símbolo de la existencia humana, y es allí donde radica su valor como protagonista en este relato escrito en capítulos cortos, de media cuartilla, de dos o tres páginas a lo sumo, de fragmentos de un diario en el que nos expresa su “desazón suprema”, que dijera el poeta, pero sin grandilocuencia.



Dice el escritor Óscar Collazos comentando este libro de Tamayo:

He leído sin sosiego y sólo con una interrupción nocturna *El inquilino* y he vivido en profundidad lo que apenas conocía en la superficie: la tragedia como elección, la derrota como opción de vida. Ni siquiera habría que nombrar la Barcelona *culture* del relato: aquí es una fundación imaginaria. Y ese personaje agónico, no había forma de constituir una novela sino fragmentos. Si estuviera vivo, el personaje que la inspira habría celebrado la lectura de este texto onettiano, camusiano, lowryano, lo más profundo que he leído en mucho tiempo sobre el exilio como autodestrucción.

Ahora es menester decir que el logro de este libro es, por supuesto, la forma en que está escrito. Hay una gran economía del lenguaje acompañada de una gran eficiencia al mismo tiempo. Es un “retrato hablado”, como llama el autor a varios de los capítulos que componen la narración, hecho con pocos trazos, con pocas pero certeras pinceladas que recuerdan la vieja parábola del emperador chino quien pidió a un pintor de la corte que le pintara un caballo, a lo cual el pintor pidió que le otorgara un tiempo. Pasados los años el emperador requirió al artista de nuevo y le reclamó por su encargo y el pintor tenzó entonces el lienzo y, en unas pocas líneas realizó en presencia del emperador, y en unos pocos minutos, la obra solicitada tiempo atrás por su monarca. Este le reclamó airado porque había demorado tal cantidad de años para realizar su encargo, a lo que el artista respondió: “necesité de todo ese tiempo para poder hacerlo en tan pocos minutos”. Sí, hay una eficiencia del lenguaje, una depuración que solo se logra puliendo mil veces cada párrafo. Es importante celebrar este hermoso retrato a deshora, cuando toda la narrativa colombiana se ha volcado sobre las mil formas de nuestra barbarie hasta hacernos llegar a un hartazgo similar a lo que pretendemos rechazar.

Fernando Herrera Gómez

Novelerías

Santa suerte

JORGE FRANCO RAMOS

Editorial Planeta, Bogotá, 2010, 320 págs.

LA QUINTA novela de Franco cuenta la historia de tres hermanas de clase obrera, bajo la tutela distante de una madre sufrida y abnegada y enferma del corazón. Tres raras muchachas de la provincia antioqueña que crecen silvestres, primero en Entrerriós, pueblo del que sale la mamá con la hija del medio, y luego en Medellín, donde la madre se coloca como obrera en una fábrica de telas; con lo que gana apenas consigue ir tirando. La novela no informa cuánto tiempo tarda la fa-

milia en reunirse, pero no es mucho. Amanda es la hermana mayor, después Jennifer, tres años mayor que Leticia, la menor. La novela presenta a la familia más o menos en un lapso de treinta años, desde poco antes del arribo a Medellín hasta el incendio de la casa. Las hermanas no están locas ni son desequilibradas, pero si tienen sus particularidades: Amanda es la más normal, aunque el hecho más importante de su vida le ocurre después de los cincuenta años, siendo una solterona feliz y trabajando en un juzgado es enamorada por un joven veinte años menor con quien tiene ocho citas en tres meses para luego ser abandonada; Jennifer, amiga del dinero fácil, encuentra en la autoagresión y los golpes una forma de ganarse la vida; Leticia, es a un tiempo solitaria y trepadora.

Los hechos están bien dispuestos a lo largo de la novela; capítulos cortos que se intercalan, dejando los hechos en punta, para continuarse más adelante. Sabe Franco donde hacer la pausa y dejar de contar, hay un correcto manejo de la tensión; a menudo el lector se pregunta ¿qué va a pasar?, un recurso argumental que remite al folletín decimonónico y a su heredera actual, la telenovela.

La novela se divide en 72 fragmentos: veintidós centrados en Jennifer —“La que inventa dolores”—, trece en Amanda —“La que espera una llamada”—, diecisiete en Leticia —“La que cometió una locura”—; los otros veinte se reparten así: seis con el título: “El incendio”; tres, “El misterioso” y con uno cada uno: “El circo”, “El talkshow”, “El escritor”, “El obrero”, “El esotérico”, “El párroco”, “La otra”, “La senadora”, “El avispero”, “La bomba” y “La pirámide”.

Lo narrado recae en mayor proporción en el personaje de Jennifer, trabajadora independiente que descubre su vocación por casualidad a los diecinueve años viviendo en Medellín cuando ya se ha reunido la familia; según el título de los capítulos que protagoniza “inventa dolores”, aunque para ser más exactos habría que decir que se los causa; además de los veintidós fragmentos, los tres de “El misterioso” y casi todos aquellos que van de a uno tienen que ver con ella y/o con sus hijos, los gemelos, y con el